

echado aquello que por su parte della cometidole fué. Así estovieron ambas de consuno con mucho placer hablando en las cosas que mas les agradaban, é contando Briolanja entre las otras cosas por mas principal lo que Amadis por ella ficiera, é cómo le amaba de corazón. Oriana, por saber más, díjole: «Reina, señora, pues que él es tan bueno y de tan alto lugar, como venga de los mas altos emperadores del mundo, segun he oído, y esperando ser rey de Gaula, ¿por qué no lo tomaríades con vos, haciéndole señor de aquel reino, pues él vos lo dió á ganar, pues que en todo es vuestro igual?» Briolanja le dijo: «Amiga, señora, bien creo yo que aunque muchas veces lo vistes, que no lo conocéis; ¿pensáis vos que no me ternia yo por la mas bienaventurada mujer del mundo, si eso que decís yo podiese alcanzar? Mas quiero que sepáis lo que en esto me aconteció, é guardadlo en poridad, como tal señora guardarlo debe; que yo le acometé esto que agora dejistes, é probé de lo haber para mí en casamiento, de que siempre me ocurre vergüenza cuando á la memoria me torna, y él me dió bien á entender que de mí ni de otra alguna poco se curaba; y esto tengo creído, porque en tanto que comigo aquella temporada moró, nunca de ninguna mujer le oí hablar, como todos los otros caballeros lo hacen; mas tanto vos digo que él es el hombre del mundo por quien ante perderia mi reino é aventuraria mi persona.» Oriana fué muy leda desto que le oyó, é mas segura de su amigo; mirando con la grande afición que Briolanja lo dijo que con ninguna de las otras pruebas, é dijo: «Maravillada soy desto que me decís, que si Amadis alguna no amase no pudiera entrar so el arco de los leales amadores, donde dicen que por él se hicieron mayores señales de leal enamorado que por otro ninguno que allí fuese. — El bien puede amar, dijo la Reina, pero es lo mas encubierto que nunca lo fué caballero.» En esto y en otras cosas muchas hablando estovieron allí diez días; en cabo de los cuales se fueron entrambas con su compañía á la villa de Fenusa, donde la reina Brisena atendiendo al Rey su marido estaba, que con ellas mucho le plago en ver á su hija sana é tornada en su hermosura. Allí les llegó la buena nueva del vencimiento de la batalla, que despues del gran placer que les dió, la reina Brisena hizo muchas limosnas á iglesias é monesterios, é á otras personas que necesidad tenían. Mas cuando la reina Briolanja oyó decir ser Amadis aquel que Beltenebros se llamaba, ¿quién vos podría decir el alegría que su ánimo sintió, é así lo hobó la reina Brisena, é todas las dueñas é doncellas, que mucho lo amaban, é con ellas Oriana é Mabilia, fingiendo ser á ellas aquella nueva de nuevo venida como á las otras; é Briolanja dijo á Oriana: «¿Qué vos parece, amiga, de aquel buen caballero, como fasta aquí era loado, quedando escurecida la fama de Amadis, que ya dél cuasi memoria no habia, é como quiera que mucho lo amase é mucho sopiese de sus caballerías, en duda estaba ya, viendo los grandes hechos de Beltenebros, á cuál dellos mi afición se debiese acostar. — Reina, señora, dijo Oriana, yo entiendo que así lo estábamos ya todos, é si con el Rey mi padre viniere, preguntémosle por qué causa dejó su nombre, é quién es aquella que el tocado de las flores ganó. — Así se haga,» dijo Briolanja.

## CAPITULO XVI.

De cómo el rey Cildadan é don Galaor fueron llevados para curar, é fueron puestos el uno en una fuerte torre de mar cercada, y el otro en un vergel de altas paredes y de verjas de hierro adornado, donde cada uno dellos, en si tornado, pensó de estar en prision, no sabiendo por quién allí eran traídos, é de lo que mas les avino.

Agora vos contarémos lo que fué del rey Cildadan y de Galaor. Sabed que las doncellas que los llevaron curaron dellos, é al tercero dia estaban en todo su acuerdo, é don Galaor se halló dentro en una huerta, en una casa de rica labor, que sobre cuatro pilares de mármol se sostenia, cerrada de pilar á pilar con unas fuertes redes de hierro; así que, la huerta desde una cama donde él echado estaba se parecia; é lo que él pudo alcanzar á ver le pareció ser cercada de un alto muro, en el cual habia una puerta pequeña, cubierta de foja de fierro, y fué espantado en se ver en tal lugar, pensando ser en prision metido, é hallóse con gran dolor de sus feridas, que no atendia otra cosa sino la muerte; é allí le vino á la memoria cómo fuera en la batalla; mas no supo quién della lo sacó ni cómo allí lo trajeran. Tornado el rey Cildadan en su entero juicio, fallóse en una bóveda de una gran torre, en una rica cama echado, cabe una finiestra; é miró á un é á otro cabo, mas no vió á ninguna persona, é oyó hablar encima de la bóveda, mas no pudo ver puerta ni entrada ninguna en aquella cámara donde estaba, é miró por la finiestra, sacando la cabeza, é vió la mar, que allí donde estaba era una muy alta torre asentada en una brava peña, é parecióle que la mar la cercaba de las tres esquinas, y membróse cómo fuera en la batalla, mas no sabia quién della lo sacara; pero bien pensó que, pues él tan mal parado fué é así preso, que los suyos no quedarían muy libres; é como vió que mas no podia hacer, asejóse en su lecho, gimiendo é doliéndose mucho de sus llagas, atendiendo lo que venir le podiese. E don Galaor, que en la casa de la huerta, como ya oistes, estaba, vió abrir el postigo pequeño é alzó la cabeza con gran afán, é vió entrar por él una doncella muy hermosa é bien guarnida, é con ella un hombre tan laso é tan viejo, que era maravilla poder andar, y llegando á la red de fierro de la cámara, dijéronle: «Don Galaor, pensad en vuestra ánima, é no vos salvamos ni aseguramos.» Entonces la hermosa doncella sacó dos bujetas, una de fierro é otra de plata, é mostrándogelas á don Galaor, le dijo: «Quien aquí vos trajo no quiere que murais fasta saber si faréis su voluntad, y en tanto quiere que seáis de vuestras llagas curado, é se vos dé de comer. — Buena doncella, dijo él, si la voluntad dese que decís es queriendo lo que yo facer no debo, mas dura cosa para mí seria que la muerte; en lo al, por salvar mi vida, hacerlo he. — Vos faréis, dijo ella, lo que mejor vos estoviere, que deso que decís poco nos curamos; en vuestra mano es de morir ó vivir.» Entonces aquel hombre viejo abrió la puerta de la red y entraron dentro, y ella tomó la bujeta de fierro é dijo al viejo que se tirase afuera, y él así lo fizo, y ella dijo á don Galaor: «Mi señor, tan gran duelo he de vos, que por salvar vuestra vida me quiero aventurar á la muerte, é dirévos cómo á mí me es mandado

que esta bujeta finchese de ponzoña, é la otra de unguento que mucho face dormir, porque la ponzoña en vuestras llagas puesta, é la otra que vos adormeciese, obrando con el sueño mas recio; luego muerto seríades; mas doliéndome que tal caballero por tal guisa moriese, ficelo al contrario, que aquí puse aquella melecina, que seyendo por vos tomada cada dia, á los siete dias seréis tan libre, que sin empacho vos podais ir en un caballo.» Entonces le puso en las llagas aquel unguento tan sabroso, que la hinchazon é dolor fué luego amansado, de guisa que muy holgado se halló, é díjole: «Buena doncella, mucho vos agradezco lo que por mí faceis; que si yo de aquí salgo por vuestra mano, nunca vida de caballero tan bien galardada fué como esta á vos será; mas si por ventura vuestras fuerzas para ello no bastaren, é por mí quereis algo hacer, tened manera como esta mi prision tan peligrosa lo sepa aquella Urganda la Desconocida, en quien yo mucha esperanza tengo.» La doncella comenzó á reir de gana, é dijo: «¿Cómo! ¿tanta esperanza teneis vos en Urganla, que poco de vuestra pro ni daño se cura? — Tanta, dijo él, que, como ella sepa las voluntades ajena, así sabe que la mia está para la servir. — No vos cureis, dijo ella, de otra Urganda sino de mí, con tal que vos, don Galaor, así como tovistes gran esfuerzo para poner la salud en tal peligro, así lo tengáis para le dar remedio; que el grande y esforzado corazón en muchas mas cosas que el pelear mostrar se debe; é por el peligro en que por vos me pongo, así para vos sanar como para sacarvos de aquí, quiero que me otorgueis un don que no será de vuestra mengua ni daño. — Yo lo otorgo, dijo él, si con derecho darle puedo. — Pues yo me voy fasta que sea tiempo de vos ver, é acostáos haciendo semblante que á gran sueño dormís.» Él así lo fizo, é la doncella llamó al viejo é dijo: «Mirad á este caballero cómo duerme; agora obrará la ponzoña en él. — Así es menester, dijo el viejo, porque dél sea vengado quien aquí lo trajo; é pues así habeis complido lo que vos mandaron, de aquí adelante vernéis sin guardador, é manteniendo desta guisa quince dias, que no muera ni viva sino en gran dolor; porque en este medio tiempo vernán aquellos que, segun el enojo les ha hecho, le darán la emienda.» Galaor oia todo esto, é bien le pareció que el viejo era su mortal enemigo; mas tenia esperanza en lo que la doncella le dijera, que le daría guarda en los siete dias; porque, si la fortuna sano le tomase, que se podría librar de aquel peligro, é por esto se esforzaba mucho, como la doncella gelo consejara.

Con esto se fueron ella y el viejo; mas no tardó mucho que la vió tornar, é con ella dos doncellas pequeñas, hermosas é bien guarnidas, é traían qué comiese don Galaor; é abriendo la puerta, entraron dentro, é la doncella le dió de comer, y dejó con él aquellas dos doncellitas que le ficiesen compañía é libros de historias que leyesen, y que le no dejasen de dia dormir. Galaor fué desto muy consolado, que bien vió que la doncella queria cumplir lo que le prometiera é gradeciógelo mucho. Pues ella se fué, cerrando las puertas, é las niñas quedaron acompañándole. Así acació tambien, como habeis oido, al rey Cildadan, que se halló encerrado en aquella fuerte é alta torre sobre la mar; é á poco rato

que con gran pensamiento estaba, vió abrir una puerta de piedra que en la torre engerida era, tan junta, que no parecia sino la mesma pared, é vió entrar por ella una dueña de media edad é dos caballeros armados, y llegaron al lecho donde él estaba, mas no le saludaron, y él á ellos sí, fablándolos con buen semblante; pero ellos no le respondieron ninguna cosa. La dueña le quitó el cobertor que sobre sí tenia, é catándole las llagas, le puso en ellas melecinas, é dióle de comer é tornáronse por donde vinieran, sin palabra le decir, y cerraron la puerta de piedra, como antes estaba. Esto visto por el Rey, verdaderamente creyó que él era en prision metido en poder de quien su vida muy segura no estaba; pero esforzóse lo mas que pudo, no pudiendo mas hacer. La doncella, que de Galaor curaba, tornó á él cuando vió ser tiempo, y preguntóle cómo le iba, y él dijo que bien, y que si adelante fuese, que creía estar en buena disposicion al plazo que puesto le tenia. «Deso he yo placer, dijo ella; é de lo que vos dije no tengais duda, sino que así se cumplirá; mas quiero que me otorgueis un don, como leal caballero, que de aquí no probaréis de salir sino por mi mano, porque vos sería mortal daño y peligro de vuestra vida, é á la fin no lo podríades acabar.» Galaor gelo otorgó, é rogóle mucho que le dijese su nombre. Ella dijo: «¿Cómo, don Galaor! ¿no sabeis vos mi nombre? Agora os digo que estoy con vos engañada, porque tiempo fué que vos fice un servicio, del cual, segun veo, poco se os acuerda; é si mi nombre vos lo recordare, sabed que me llaman Sabencia sobre Sabencia.» E fuése luego, y él quedó pensando en aquello, é viniéndole á la memoria la hermosa espada que Urganda, al tiempo que Amadis, su hermano, lo fizo caballero, le dió, sospechó que esta podría ser; pero dudaba en ello, porque en aquella sazón la vió muy vieja é agora moza, por esto no la conoció; é miró por las doncellitas, mas no las vió, pero vió en su lugar á Gasabal, su escudero, é Ardian, el enano de Amadis, de que fué maravillado é alegre con ellos, é llamólos, que dormían, fasta que los despertó; é cuando ellos le vieron fueron llorando de placer á le besar las manos, é dijéronle: «¡Oh buen señor! bendito sea Dios, que con vos nos juntó donde os podamos servir.» El les preguntó cómo habían allí entrado; dijéronle que no sabían «sino que Amadis é Agrájes é Florestan nos enviaron con vos».

Entonces le contaron en la forma que su vida estaba, é cómo teniéndole Amadis en su regazo la cabeza, llegaron las doncellas á lo pedir, é cómo, por acuerdo dellas y de sus amigos, le habían dado, viendo su vida en el punto de la muerte, é cómo le metieran en la fusta, é al rey Cildadan con él. Don Galaor les dijo: «¿Cómo se halló Amadis á tal sazón? — Señor, dijeron ellos, sabed que aquel que Beltenebros se llamaba es vuestro hermano Amadis, el cual por su gran esfuerzo la batalla fué vencida por el rey Lisuarte.» E contáronle en qué manera habia socorrido al Rey, llevándole el Gigante debajo del brazo, é cómo entonces se nombrara por Amadis. Grandes cosas, dijo Galaor, me habeis dicho, y gran placer tengo por las nuevas de mi hermano, aunque si no me da causa legitima por qué se debió tanto tiempo encobrir de mí, mucho será dél quejoso.»

Así como ois estaba el rey Cildadan é don Galaor, el uno en aquella gran torre, y el otro en la casa de la huerta, donde fueron curados de sus llagas hasta tanto que ya pudieran sin peligro alguno ir donde quisieran. Entonces faciéndoseles conocer Urganda, en cuyo poder estaban en aquella su insola no fallada, é diciéndoles cómo los miedos que les posiera habían sido para mas ahína les dar salud, que, según el gran estrecho en que sus vidas estaban, aquello les convenia, mandó á dos sobrinas suyas, muy hermosas doncellas, fijas del rey Falangris, hermano que fué del rey Lisuarte, que en una hermana de la misma Urganda, Grimota llamada, cuando mancebo las hobiera, que los sirviesen y visitasen, é acabasen de sanar; la una dellas Julianda se llamaba, la otra Solisa; en la cual visitacion se dió causa á que dellos fuesen preñadas de dos hijos; el de don Galaor, Talanque llamado; y el del rey Cildadan, Maneli el Mesurado, los cuales muy valientes y esforzados caballeros salieron, así como adelante se dirá, con las cuales, mucho á su placer, con gran vicio allí estovieron, fasta tanto que á Urganda le plogo de los sacar de allí, como oiréis adelante.

Mas el rey Lisuarte, que siendo ya mejorado, así él como Amadís y todos los otros sus caballeros de sus llagas, se fué á Fenusa, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, é allí della y de Briolanja é Oriana, é todas las otras dueñas é doncellas de gran guisa fué tambien recebido, é con tanta alegría como lo nunca fué otro hombre en ninguna sazón, y despues dél Amadís, que ya la Reina é todas aquellas señoras sabian cómo no solamente al Rey, su señor, habia de la muerte librado, mas que la batalla fué por su gran esfuerzo vencida. Así lo hicieron á todos los otros caballeros que vivos quedaron; mas lo que la reina Briolanja hacia con Amadís, esto no se puede en ninguna manera escribir; é tomándole por la mano, le hizo sentar entre ella é Oriana, é díjole: «Mi señor, el dolor é tristeza que yo sentí cuando me dijeron que érades perdido no vos lo podria contar, y luego tomando cien caballeros de los míos, me vine á esta corte, donde supe que vuestros hermanos estaban, para que ellos los repartiesen en vuestra busca; é porque la causa desta batalla que agora pasó fué el estorbo dello, acordé yo de aquí estar fasta que pasase; é agora, que, merced á Dios, se ha hecho como yo lo deseaba, decidme lo que vos placirá que yo haga, é aquello se porná en obra.—Mi buena señora, dijo él, si vos os sentis de mi mal, muy gran razon teneis; que ciertamente podeis creer que en todo el mundo no hay hombre que de mejor voluntad que yo hiciese vuestro mandado; y pues en mí dejais vuestra hacienda, tengo por bien que aquí estéis estos diez dias, y despacheis con el Rey vuestras cosas, y entre tanto sabrémos algunas nuevas de don Galaor, mi hermano, y pasará una batalla que don Florestan tiene aplazada con Landin; é luego vos llevaré yo á vuestro reino, é desde me iré á la insola Firme, donde mucho tengo que hacer.—Así lo faré, dijo la reina Briolanja, mas ruégovos, mi señor, que nos digais aquellas grandes maravillas que en aquella insola fallastes.» Él, queriéndose dello excusar, tomóle Oriana por la mano é dijo: «No vos dejaremos sin que algo

dello nos conteis.» Entonces Amadís dijo: «Creed, buenas señoras, que aunque yo me trabaje de lo contar, seria imposible decirlo. Pero dígoos que aquella cámara defendida es mas rica y hermosa que en todo el mundo hallarse podria, é si por alguna de vosotras no es ganada, creo que en el mundo no lo será por otra ninguna.»

Briolanja, que algo callada estovo, dijo: «Yo no me tengo por tal que aquella ventura acabar podiese; mas cualquier que yo sea, si á locura no me lo toviédeses, probarla-hi-a.—Mi señora, dijo Amadís, no tengo yo por locura probar aquello en que todas las otras fallasen, siendo por razon de hermosura, especialmente á vos, que tanta parte della Dios dar quiso; ante lo tengo por honra, en querer ganar aquella fama que por muchos é largos tiempos podrá durar, sin que ninguna parte de la honra menoscabada sea.» Desto que Amadís dijo pesó en gran manera á Oriana, é hizo mal semblante, de manera que Amadís, que della los ojos no partia, lo entendió luego, y pesóle de lo haber dicho, como quiera que su intencion fuese en mayor honra é loor della; sabiendo por la vista de Grimanesa que la hermosura de Briolanja no le igualaba tanto que aquella ventura ganar podiese, lo que de su señora no dudaba. Mas Oriana, que dello gran pasion tenia, teniendo que en el mundo no habia cosa que por razon de hermosura de ganar se hobiese, que Briolanja no la alcanzase, despues de haber allí estado alguna pieza, é haber rogado á Briolanja que si en la cámara defendida entrase le ficiese saber qué cosa era, fuése donde Mabilia estaba, é apartada con ella, le contó todo lo que Briolanja é Amadís en su presencia della habían pasado, diciéndole: «Esto me acontece siempre con vuestro primo, que mi cativo corazon nunca en al piensa sino en le complacer é seguir su voluntad, no guardando á Dios ni la ira de mi padre; y él, conociendo que ha libre señorío, solo á mí tiéneme en poco.» É viniéronle las lágrimas á los ojos, que por las muy fermosas faces le caian. Mabilia le dijo: «Maravillada soy de vos, Señora, qué corazon habeis, que aun de una cuita salida no sois, é quereis en otra entrar. ¿Cómo tan gran yerro es este que decis que mi primo vos ha hecho, que en tal alteracion vos posiese, sabiendo que nunca por obra ni pensamiento os erró, é viendo por vuestros ojos aquellas pruebas que en seguridad vuestra tiene acabadas? Agora os digo, Señora, que me dais á entender que no os place de su vida; que, según lo que por él ha pasado, el menor enojo que en vos sienta es llegado á la muerte; é no sé qué enojo dél tengais por lo que no puede mas hacer; que si Apolidon allí aquello dejó para que por todos é todas generalmente fuese probado, ¿cómo lo podria él estorbar? Pues así es, creyendo que Briolanja lo acabando, á vos lo quita. Ciertamente, aunque dello no os plega, yo creo que ni su hermosura ni la vuestra serán bastantes para dar cabo á aquello que cien años há que ninguna, por hermosa que fuese, lo hobo acabado. Mas esto no es sino aquella fuerte ventura soya, que tan vuestro sujeto é cativo lo hizo, que aborreciendo é desechando á todo su linaje, por vos, Señora, servir, teniéndolos por extraños, é sirviendo donde le vos mandais, é con tanta cruzeza gelo

quereis quitar. ¡Ay, qué mal empleado es cuanto él ha servido é ha hecho servir á su linaje é sus hermanos, pues que el galardón dello es llegarle sin merescimiento á la muerte! É yo, Señora, por cuanto os aguardé é servi, que lleve en galardón ver morir ante mis ojos la flor de mi linaje, aquel que tanto me ama. Mas, si á Dios ploguiere, esta muerte ni esta cuita no veré yo, que mi hermano Agrájes é mi tío Galvanes me llevarán á mi tierra; que gran yerro seria servir á quien tan mal conoce é agradece los servicios.» É comenzó á llorar, diciendo: «Esta cruzeza que en Amadís faceis, Dios quiera que dél é su linaje os sea demandada, aunque bien cierta soy que su pérdida, por grande que sea, no se igualará con la vuestra, porque olvidando á ellos, á vos sola ama sobre todas las cosas que amadas son.»

Cuando Mabilia decia esto, Oriana fué tan espantada, que el corazon se le cerró, que hablar no pudo por una pieza, é siendo mas aseogada, díjole llorando muy de corazon: «¡Olivativa, desaventurada mas que todas las que nacieron! ¿qué puede ser de mí con tal entendimiento cual vos habeis? Yo vengo por remedio de mi gran cuita, no teniendo otro que me conseje, é vos haceis de peor corazon, sospechando lo que yo nunca pensé, y esto no lo hace sino mi desventura, que toméis á mal lo que yo por bien os digo; que Dios no me salve ni ayude si nunca mi corazon pensó nada de cuanto me habeis dicho, ni tengo duda que la parte que en vuestro primo tengo no sea entera la satisfaccion de mis deseos; mas lo que mas grave siento es, que habiendo él ganado el señorío de aquella insola, si otra mujer antes que yo aquella prueba acabase, seria muy mayor dolor para mí que la misma muerte, é con esta gran rabia que mi corazon siente, tengo por mal aquello que por ventura á buena intencion él dijo. Pero, como quiera que haya pasado, demándoos perdon de lo que nunca os merecí, é ruégovos que por aquel gran amor que á vuestro primo habeis, que sea perdonada, consejándome aquello que á él é á mí mas cumple.» Entonces riendo muy hermoso, la fué á abrazar, diciéndole: «Mi verdadera amiga, sobre cuantas en el mundo son, yo os prometo que nunca en esto hable á vuestro primo, ni le dé á entender que mire en ello; mas vos hablad con él lo que por bien toviédes, que aquello habré yo por bueno.» Mabilia le dijo: «Señora, yo os perdono por pleito que me hagades; que aunque dél saña tengais, que no gela mostreis sin que yo primero en ello intervenga, por cuanto no acaezca otro tal yerro como el pasado.» Con esto quedaron bien avenidas como aquellas entre quien ningun desamor haber podia; mas Mabilia, no olvidando lo que Amadís habia dicho, á speramente con saña le afrentó mucho, riendo é afeando aquello que á Briolanja ante su señora dijera, á la memoria le trayendo el peligro en que su vida por causa de aquella mujer puesta fué, avisándole que siempre cuando con ella hablase gran cuidado toviese; pensando que tan dura cosa era de arrancar la celosia en el corazon de la mujer arraigada, é diciendo con qué pasion su señora habia sentido aquello, é la forma que ella para la amansar tuvo.

Amadís, despues de gelo haber con mucha cortesía gradecido, teniendo en tanto lo que por él habia fecho, prometiendo, si él viviese, de la hacer reina, le dijo:

«Mi señora é buena prima, muy diverso está mi pensamiento de la sospecha que mi señora hobo, porque uno de los mayores servicios que le yo en cosa de tal calidad hacer podiese este es, en no solamente consejar á Briolanja que aquella ventura pruebe, mas ir yo por ella adó quiera que estoviese para ello; é la causa es esta. En voz de todos Briolanja es tenida por una de las mas hermosas mujeres del mundo, tanto, que sin duda tienen ser bastante de entrar sin empacho en aquella cámara; é porque yo tengo lo contrario, que á Grimanesa vi, é con gran parte no le iguala en fermosura, cierto soy que aquella honra que todas las otras han ganado, aquella ganará Briolanja; lo que yo no dudo de Oriana, que no está en mas de lo acabar de cuanto lo probase; é si esto fuese antes que lo de Briolanja, todos dirian que, así como ella, la otra, si lo probara, lo podiera acabar. E siendo Briolanja la primera, faltando en ello, como lo tengo por cierto, quedará despues la gloria entera en mi señora. Esta fué la causa de mi atrevimiento.» Mucho fué contenta Mabilia desto que Amadís le dijo, é Oriana mucho mas despues que della lo supo, quedando muy arrepentida de aquella pasion alterada que hobo, teniendo en la memoria cómo ya otra vez por otro semejante accidente puso en gran peligro á ella é á su amigo; é por emienda de aquel yerro, acordaron que por un caño antiguo que á una huerta salia del aposentamiento de Oriana é de la reina Briolanja, Amadís entrase á folgar é hablar con ella.

Esto así concertado, é partido Amadís de Mabilia, llamaronle Briolanja é Oriana, que juntas estaban, é llegando á ellas, rogáronle que les dijese verdad de lo que preguntar le querian. El gelo prometió. Díjole Oriana: «Pues decidnos quién fué aquella doncella que llevó el tocado de las flores cuando ganastes la espada.» A él pesó de aquella pregunta, habiendo decir verdad; pero volviéndose á Oriana é díjole: «Dios no me salve, Señora, si más de su nombre ni sé quién ella es, de lo que vos sabeis; aunque siete dias en su compañía anduve; mas dígoos que habia fermosos cabellos, y en lo que la viera asaz fermosa; mas de su hacienda tanto della sé como lo vos, Señora, sabeis, que entiendo que nunca la visteis.» Oriana dijo: «Si mucha gloria alcanzó en acabar aquella aventura, caro le hobiera de costar; que, según me dijeron, Arcalaus el encantador é Lindoraque, su sobrino, le querian el tocado tomar, é colgarla por los cabellos, si no fuera porque la defendistes.—No me parece, dijo Briolanja, que él la defendió, si él es Amadís, sino aquel valiente en armas Beltenebros, que no en menos grado que Amadís debe ser tenido; é como quiera que yo tan gran beneficio dél recibí, ni por eso dejaré de decir sin aficion ninguna la verdad, é digo que si Amadís sobrando en gran cantidad la valentia de aquel fuerte Apolidon, ganando la insola Firme, gran gloria alcanzó, que Beltenebros derrribandó en espacio de un dia diez caballeros de los buenos de casa de vuestro padre, é matando en batalla aquel bravo gigante Famongostadan é á Basagante, su fijo, no la alcanzó menor. Pues si decimos que Amadís, pasando so el arco de los leales amadores, faciéndose por él lo que la imagen con la trompa hizo en mayor grado que por otro caballero alguno, dió á entender la lealtad de sus amo-

res; pues pareceme á mí que no se debe tener en menos haber Beltenebros sacado aquella ardiente espada que por mas de sesenta años nunca otro se halló que sacarla pudiese. Así que, mi buena amiga, no es razon que la honra á Beltenebros debida sea falsamente á Amadís dada; pues que por tan bueno el uno como el otro se debe juzgar; é así es mi parecer.»

Así como oídes estaban estas dos señoras burlando é riendo, en quien toda la fermosura é gracia del mundo junta estaba; así que, con mucho placer con aquel caballero estaban, que dellas tan amado era, é tanto mas á su ánimo dél gran alegría en ello tomaba, cuanto mas en la memoria le ocurría aquella gran desventura, aquella cruel tristeza que, estando sin ninguna esperanza de remedio en la Peña Pobre, tan cerca de la muerte le habian llegado. Estando como oistes, por una doncella de parte del Rey fué Amadís llamado, diciéndole cómo don Cuadrágante é Landin, su sobrino, se querian quitar de sus promesas; así que, le convino, dejando aquel gran placer, iradonde ellos estaban, é con él don Bruneo de Bonamar é Branfil. Llegados donde el Rey era con muchos buenos caballeros, don Cuadrágante se levantó é dijo: «Señor, yo he atendido aquí á Amadís de Gaula, así como sabeis, é pues presente está, quiero ante vos quitarme de la promesa que le fice.» Entonces contó allí todo lo que con él en la batalla le avino, é cómo, siendo por él vencido, mucho contra su voluntad vino á aquella corte á se meter en su poder é le perdonar la muerte del rey Abies, su hermano, é porque, quitada la pasión que fasta allí tovo, que el sentido turbado le tenia, no dejando que el juicio la verdad determinase, fallaba que con mas sobrada soberbia que con justa razon él habia demandado é procurado de vengar aquella muerte, sabiendo que como entre caballeros, sin ninguna cosa en que trabar se pudiese, habia aquella batalla pasado; é pues que así era, que le perdonaba, é le tomaba por amigo en tal manera como á él le ploguiese. El Rey le dijo: «Don Cuadrágante, si fasta agora con mucho loor vuestros grandes fechos en armas, ganando mucha honra, son publicados, no en menos este se debe tener; porque la valentía y el esfuerzo, que á razon é consejo sujetos no son, no deben en mucho ser tenidos.» Entonces los hizo abrazar, é gradeciéndole Amadís mucho lo que por él hacia é la amistad que le demandaba; la cual, aunque por entonces por liviana se tuvo, por largos tiempos duró é se conservó entre ellos, así como la historia lo contará. E por cuanto la batalla que entre Florestan é Landin estaba puesta era por la misma causa, fallóse por derecho que, pues la parte principal, que era Cuadrágante, habia perdonado, que Landin con justa causa lo debia hacer, lo cual se haciendo, la batalla fué partida; de lo cual no poco placer hobo Landin, habiendo visto la valentía de Florestan en la batalla pasada de los reyes.

Esto fecho, como oistes, habiendo el rey Lisuarte algunos dias folgado del gran trabajo que en la batalla del rey Cildadan hobo, acordándose de la cruel prision de Arban, rey de Norgales, é de Angriote de Estravaus, determinó de pasar en la ínsola de Mongaza, donde estaban, é así lo dijo á Amadís é á sus caballeros;

mas Amadís le dijo: «Señor, ya sabeis qué pérdida en vuestro servicio face la falta de don Galaor, é si por bien lo toviédes, iré yo á lo buscar, en compañía de mi hermano é de mis primos, é placará á Dios que al tiempo deste viaje que hacer quereis vos lo traerémos.» El Rey le dijo: «Dios sabe, amigo, si tantas cosas de remediar no toviere, con qué voluntad yo por mi persona le buscaria; mas pues que yo no puedo, por bien tengo que se faga lo que decís.» Entonces se levantaron mas de cien caballeros, todos muy preciados é de gran hecho de armas, é dijeron que tambien ellos querian entrar en aquella demanda; que si ellos obligados eran á las grandes aventuras, no podia ser ninguna mayor que la pérdida de tal caballero. Al Rey plogo dello, é rogó á Amadís que no se partiese; que le queria hablar.

## CAPITULO XVII.

Cómo el Rey vió venir una extrañeza de fuegos por el mar, é de lo que le avino con ella.

Despues de haber cenado, estando el Rey en unos corredores, siendo ya cuasi hora de dormir, mirando la mar, vió por ella venir dos fuegos que contra la villa venian, de que todos espantados fueron, pareciéndoles cosa extraña que el fuego con el agua se conveniese; pero acercándose mas, vieron entre los fuegos venir una galea, en el mastel de la cual unos cirios grandes ardiendo venian; así que, parecia toda la galea arder. El ruido fué tan grande, que toda la gente de la villa salió á los muros por ver aquella maravilla, esperando que, pues el agua no era poderosa de aquel fuego matar, que otra cosa ninguna lo seria, é que la villa seria quemada; é la gente en gran miedo era, porque la galea é los fuegos se llegaban; así que, la Reina con todas las dueñas é doncellas se fué á la capilla, habiendo temor. Y el Rey cabalgó en un caballo, é cincuenta caballeros con él, que siempre le aguardaban, é llegando á la ribera de la mar, halló todos los mas de sus caballeros que allí estaban, é vió delante todos á Amadís é á Guilan el cuidador é á Enil, tan juntos á los fuegos, que se maravilló cómo sufrirlo podian; é dando de las espuelas á su caballo, que del gran ruido se espantaba, se juntó con ellos; mas no tardó mucho que vieron salir de bajo de un paño de la galea una dueña de paños blancos vestida, é una arqueta de oro en sus manos, la cual ante todos abriendo, é sacando della una candela encendida y echada é muerta en la mar, aquellos grandes fuegos luego muertos fueron, de guisa que ninguna señal dellos quedó, de que toda la gente fué alegre, perdiendo el temor que de antes tenían; solamente quedando la lumbre de los cirios que en el mastel de la galea ardiendo venian, que era tal, que toda la ribera alumbraba; é quitando el paño que la galea cubria, vieronla toda enramada é cubierta de rosas é flores, é oyeron dentro della tañer instrumentos de muy dulce son á maravilla, é cesando el tañer, salieron diez doncellas ricamente vestidas, con guirnaaldas en las cabezas é vergas de oro en las manos, é delante dellas la dueña que la candela en la mar muerto habia.

Llegando en derecho del Rey en el bordo de la galea, homilláronse todas, é así lo hizo el Rey á ellas é dijo:

«Dueña, en gran pavor nos metistes con vuestros fuegos, é si os ploguiere, decidnos quién sois, aunque bien creo que sin mucho trabajo lo podríamos adivinar.—Señor, dijo ella, en balde se trabajaria el que pensase poner en vuestro gran corazon é de cuantos caballeros aquí están pavor ni miedo; mas los fuegos que vistas trayo yo en guarda de mí é de mis doncellas; é si vuestro pensamiento es ser yo Urganda la Desconocida, pensais verdad, é vengo á vos como al mejor rey del mundo é á ver á la Reina, que de virtud é bondad par no tiene.» Entonces dijo contra Amadís: «Señor, llegad vos acá adelante, é deciros he cómo por vos quitar á vos é á vuestros amigos de trabajo en que por buscar á don Galaor, vuestro hermano, vos queriades poner, soy aquí venida, porque todo seria afan perdido aunque todos los del mundo lo buscasen; é dígovos que él está guarido de sus llagas, é con tal vida é tanto placer cual nunca en su vida la tovo.—Mi señora, dijo Amadís, siempre en mi pensamiento tove que, despues de Dios, el remedio vuestro era la salud de don Galaor y el gran descanso mio; que, segun de la forma me fué pedido é llevado ante mis ojos, si esta sospecha no toviere, antes recibiera la muerte con él que de mí lo apartar. Y las gracias que desto dar os puedo, no son otras sino, como vos mejor que yo lo sabeis, esta mi persona, que en las cosas de vuestra honra é servicio puesta será, sin temer peligro alguno, aunque la misma muerte fuese.—Pues folgad, dijo ella; que muy presto lo veréis con tanto placer, que gran parte dello os alcance.» El Rey le dijo: «Señora, tiempo será que salgais de la galea, é os vais á mi palacio.—Muchas mercedes, dijo ella; mas esta noche aquí quedaré, é de mañana faré lo que mandádes, é venga por mí Amadís é Agrájes, é don Bruneo de Bonamar é don Guilan el cuidador; porque son enamorados é muy lozanos de corazon, así como lo yo soy.—Así se fará, dijo el Rey, en esto y en todo lo que vuestra voluntad fuere.» E mandando á toda la gente que se fuesen á la villa, despedido della, se tornó á su palacio, é mandó allí dejar veinte ballesteros en guarda que ninguno á la ribera de la mar se llegase. Otro dia de mañana envió la Reina doce palafrenés ricamente ataviados para en que Urganda é sus doncellas viniesen; é fueron á las traer Amadís é los tres caballeros que ella nombró, vestidos de muy nobles é preciadas vestiduras; é cuando llegaron hallaron á Urganda é á sus doncellas salidas de las naos en una tienda que de noche hiciera armar, é descabalgándose, fueron á ella, que muy bien los recibió, y ellos á ella con mucha homildad.

Entonces las posieron en los palafrenes, é los cuatro caballeros iban en torno de Urganda, é como así se vió dijo: «Agora fuelga el mi corazon y es en todo descanso, pues que de aquellos que á él son conformes cercado se ve.» Esto decia ella porque así como ellos era ella enamorada de aquel fermoso caballero su amigo; pues llegados al palacio, entraron donde el Rey estaba, que muy bien la recibió, y ella le besó las manos, é mirando á uno é á otro cabo, vió muchos caballeros por el palacio, é miró al Rey é dijole: «Señor, bien acompañado estáis, é no lo digo tanto por el valor destos caballeros como por el gran amor que os tienen; que ser los

principes amados de los suyos face seguros sus estados; por ende sabedlos conservar, porque no parezca que vuestra discrecion aun no está llena de aquella buena ventura que en ella caber podría; guardáos de malos consejeros, que aquella es la verdadera ponzoña que á los príncipes destruye; é si os ploguiere, veré la Reina, é fablaré con vos, Señor, antes que me parta algunas cosas.» El Rey le dijo: «Mi amiga, gradézcoos mucho el consejo que me dais, é á todo mi poder así lo haré yo, é ved á la Reina, que mucho os ama, é creed ciertamente que así fará de grado todo lo que á vuestro placer fuere.» Ella se fué con sus cuatro compañeros para la Reina, de la cual y de Oriana é la reina Briolanja é de todas las otras dueñas é doncellas de gran guisa fué con mucho amor recebida.

Ella miró mucho la fermosura de Briolanja, mas bien vió que á la de Oriana con gran parte no igualaba, é habia gran sabor de las ver, é dijo á la Reina: «Señora, yo vine á esta corte por ver la grande alteza del Rey é la vuestra, é la alteza de las armas, é la flor de la hermosura del mundo, que por cierto creo que en compañía de ningun emperador ni príncipe, con mucha parte, tan cumplida no sé hallaria; que esto así se pruebe da dello testimonio el ganar de la ínsola Firme, sobrando en valentía aquel esforzado Apolidon; la muerte de los bravos gigantes, la dolorosa y cruel batalla en que tanta parte de esfuerzo é de braveza del Rey vuestro marido é de todos los suyos se mostró. ¿Quién seria tan osado é de tan mal conocimiento, que quisiese alinar haber en todo el mundo fermosura que á la destas dos señoras igualar se pudiese? Ninguno con verdad. Así que, viendo estas cosas, mi corazon es en todo descanso é holgura puesto. Aun mas digo, que aquí es mantenido amor en la mayor lealtad que en ninguna sazón lo fué; lo cual se ha mostrado en aquellas pruebas de la ardiente espada é del tocado de las flores, que en cabo de sesenta años, todo lo mas del mundo habiendo rodeado, nunca se halló quien las acabar pudiese; que aquella que las flores ganó, bien dió á entender que ella es señalada en el mundo sobre todas en ser leal á su amigo.» Cuando Oriana esto oyó, perdida la color, fué muy desmayada, pensando que Urganda descubriendo algo della é de su amigo, serian en gran peligro é vergüenza puestos; é así lo fueron todas aquellas que allí amigos tenían, mas sobre todas tuvieron Mabilia é la doncella de Denamarca, creyendo que sobre ellas el mayor peligro podia venir. Oriana miró á Amadís, que cerca le tenia, é como él entendió su temor, llegóse á ella é dijole: «Señora, no hayais miedo; que no se fablará así como vos pensais.» Entonces dijo á la Reina: «Señora, preguntad á Urganda quién fué aquella que de aquí el tocado de las flores llevó.» E la Reina le dijo: «Amiga, decidnos, si os ploguiere, esto que Amadís saber quiere.» Ella dijo riendo: «Mejor lo debria él saber que no yo, que andovo en su compañía; é llevó gran afan en la librar de las manos de Arcalaús el encantador y de Lindoraque.—¿Yo, Señora? dijo Amadís; esto no podria ser que yo la conociese ni á mí mesmo, como vos lo sabeis, porque queriéndose de mí encobrir, como lo hizo de vos, en balde se trabajaria.—Pues que así es, dijo ella, quiero decir lo que dello sé.» Entonces ha-

bló en una voz alta que todos lo oyeron, diciendo: «Aunque Amadís como doncella allí á aquella prueba la traje, cierto no es sino dueña, é fué por aquel que dió causa á que ella el tocado de las flores ganase, por le tan afincadamente amar, é sabed que es natural del señorío del Rey é vuestro, é de parte de su madre no es desta tierra; y en este señorío hace su morada, y está bien heredada en él; é si algo le falta, es no tener á su voluntad á aquel que tanto ama; como querria; é no vos diré mas de su hacienda, ni Dios quiera que por mí se descubran las cosas que á otros conviene que encobiertas sean; é quien conocerla quisiera, búsquela en el señorío del Rey, donde su afán será perdido.» A Oriana se le aseogó el corazón, é á todas las otras. La Reina le dijo: «Creo lo que decís, pero tanto como antes dello sé, sino que, pensando ser doncella, decís que es dueña.—Esto basta sin que dello más sepais, dijo Urganda, pues que, honrando vuestra corte, mostró su gran lealtad.»

Con esto que Oriana oyó fué aseogada de su alteración, é todas las otras. Con esto se fueron á comer, que aderezado lo tenían, como en casa donde siempre lo acostumbra hacer. Urganda pidió á la Reina que la dejase aposentarse con Oriana é con la reina Briolanja. «Así sea, dijo la Reina; mas entiendo que sus locuras os enojarán.—Mas enojo farán, dijo Urganda, sus hermosuras á los caballeros que dellas no se guardaren; que contra ellas no bastará esfuerzo ni valentía ni discreción para les excusar el peligro mas grave que la muerte.» La Reina le dijo riendo: «Entiendo que ligeramente les serán perdonados los caballeros que hasta agora han atormentado é muerto.» Urganda hobo mucho placer de lo que la Reina dijo; é despedida della, se fué con Oriana á su aposentamiento, que era una cuadra en que cuatro camas habia; una de la reina Briolanja, é otra de Oriana, é otra de Mabilia, é la otra para Urganda. Allí holgaron hablando en muchas cosas que placer les daban fasta que se acostaron. Mas despues que todas dormían, Urganda vió cómo Oriana despierta éstaba é dijole: «Amiga é señora, si vos no dormís, razón hay que os despierte aquel que nunca sin vuestra vista sueño ni holganza hobo, é así van las folganzas unas por otras.» Oriana hobo vergüenza de aquello que le decia; mas Urganda, que lo entendió, dijole: «Mi Señora, no temais de mí porque yo vuestros secretos sepa, que así como vos los guardaré; é si algo dijere, será tan encobierdo, que cuando sabido se haya, el peligro dello no podrá dañar.» Oriana le dijo: «Señora, hablad paso, porque destas señoras que aquí están oído no sea.» Urganda dijo: «Dese miedo yo os quitaré.» Entonces sacó un libro tan pequeño, que en la mano se encerraba, é hizole poner allí la mano, é comenzó á leer en él, é dijo: «Agora sabed que por cosa que les hagan no despertarán, é si alguna aquí entrare, luego en el suelo caerá dormida.» Oriana se fué á la reina Briolanja é quisola despertar, mas no pudo, é comenzó á reír, trabándola de la cabeza é de los brazos é colgándola de la cama, é otro tanto á Mabilia, mas ni por eso despertaron, é llamó á la doncella de Donamarca, que á la puerta de la cuadra estaba, é como dentro entró cayó dormiendo.

Entonces con mucho placer se fué á echar con Urganda en su cama, é dijole: «Señora, mucho os ruego que, pues vuestra gran discreción é saber alcanza las cosas por venir, me digais algo de aquello que á mí acaecer podría antes que venga.» Urganda la miró riendo, como en desden, é dijo: «Mi hija amada, ¿vos cuidais que sabiendo lo que pedís, si de vuestro daño fuese, que lo fuiríades? No lo creais, que lo que es por aquel muy alto Señor permitido é ordenado, ninguno es poderoso de lo estorbar, así bien como del mal, si él no lo remedia; mas, pues que tanto sabor habeis que algo os diga, así lo haré, é mirad si sabiéndolo haréis algo de vuestra pro.» Entonces le dijo: «En aquel tiempo que la gran cuita presente te será, é por tí muchas gentes de gran tristeza atormentados, saldrá el fuerte leon con sus bestias, é de los sus grandes bramidos los tus aguardadores asombrados, serás dejada en las sus muy fuertes uñas; y el afamado leon derribará de la tu cabeza la alta corona, que más no será tuya, y el leon fambriento será de la tu carne apoderado; así que, la meterá en las sus cuevas, con que la su rabiosa hambre amansada será. Agora, mi buena hija, mira lo que farás; que esto así ha de venir.—Señora, dijo Oriana, muy contenta fuera en no os haber preguntado nada, pues que en tan gran pavor me habeis puesto con tan extraño é cruel fin.—Señora y hermosa hija, dijo ella, no querais vos saber aquello que ni vuestra discreción ni fuerza son para lo estorbar bastantes, pero de las cosas encobiertas muchas veces las personas temen aquello que de alegrar se debían, y en tanto sed vos muy leda; que Dios os ha fecho hija del mejor rey é reina del mundo, con tanta fermosura, que por maravilla es en todas partes divulgada, é vos fizo amar á aquel que sobre todos los que honra é prez tienen é procuran luce, como el dia sobre las tinieblas; del cual, segun las cosas pasadas é por vos vistas, sin duda podeis segura estar de ser vos aquella que mas que á su propia vida ama; desto debeis, mi señora, recibir gran gloria en ser señora sobre aquel que por su merecimiento, del mundo todo merecia ser señor; é agora es ya tiempo que estas señoras despertadas sean.» Entonces sacando el libro de la cuadra, todas fueron en su acuerdo. Así como ois holgó allí Urganda, siendo muy viciosa de lo que menester habia, y en cabo de algunos dias rogó al Rey que mandase juntar todos sus caballeros, é la Reida sus dueñas é doncellas, porque les queria hablar antes que se partiese.

Esto se fizo luego en una grande y hermosa sala ricamente guarnida, y Urganda se puso en lugar donde todos oíra podiesen. Entonces dijo al Rey: «Señor, pues que las cartas que vos envié á vos é á don Galaor guardastes al tiempo que de vos se partió Beltenebros, habiendo el espada ganado, é la su doncella el tocado de las flores, ruégoos mucho que las hagais aquí traer, porque claramente se conozca haber yo sabido las cosas antes que viniesen.» El Rey las fizo traer é leer á todos, é vieron cómo todo aquello que en ellas se dijera se habia enteramente cumplido, de que muy maravillados fueron; é mucho mas del gran esfuerzo del Rey en haber osado sobre palabras tan temerosas entrar en la batalla; é allí vieron cómo por los tres golpes que Bel-

tenebros hizo fué la batalla vencida. El primero, cuando ante los piés de don Galaor derribó al rey Cildadan; el segundo, cuando mató á aquel muy esforzado Sarmadan el leon; el tercero, cuando socorrió al Rey que Mandanfabul el bravo gigante de la torre Bermeja lo llevaba so el brazo á se meter en las naos, y le cortó el brazo cabe el codo, de que socorrido el Rey, el Gigante fué muerto. Tambien se cumplió lo que de don Galaor dijo, que su cabeza seria puesta en poder de aquel que aquellos tres golpes haria. Esto fué cuando Amadís en su regalo lo tovo como muerto al tiempo que á las doncellas que gelo demandaron lo entregó; mas agora, dijo Urganda, os quiero decir algunas cosas de las que por venir están, segun los tiempos unos en pos de otros vinieren.» E dijo así: «Contienda se levantará entre el gran culebro y el fuerte leon, en que muchas animalias bravas ayuntadas serán. Grande ira é saña les sobrevená; así que, muchas dellas la cruel muerte padecerán; ferido será el gran raposo romano de la uña del fuerte leon, é cruelmente despedazada la su pelleja, por donde parte del gran culebro será en gran cuita. Aquella sazón la oveja mansa cubierta de lana negra entre ellos será puesta, é con la su grande homildad é amorosos halagos amansará la rigurosa braveza de sus fuertes corazones, é apartará los unos de los otros; mas luego decenderán los lobos hambrientos de las ásperas montañas, contra el gran culebro, é siendo dellos vencido con todas sus animalias, encerrado será en una de las sus cuevas; y el tierno unicornio, poniendo la su boca en las orejas del fuerte leon, con los sus bramidos le fará del gran sueño despertar, é haciéndole tomar consigo algunas de las sus bravas animalias, con paso muy apresurado será en el socorro del gran culebro puesto, é fallarlo ha mordido é adentellado de los fambrientos lobos; así que, mucha de la su sangre por entre las sus fuertes conchas derramada será, é sacándolo de las sus rabiosas bocas, todos los lobos serán despedazados é mal trechos, é siendo restituida la vida del gran culebro, lanzando de sus entrañas toda la su ponzoña, consentirá ser puesta en las crueles uñas del leon la blanca cervatilla que en la temerosa selva, dando contra el cielo los piadosos balidos, estará retraida. Agora, buen Rey, fazlo escribir, que así todo averná.» El Rey dijo que así lo faria; pero que por entonces no entendia nada dello. «Pues tiempo verná, dijo ella, que á todos será muy manifesto.» Y Urganda miró á Amadís, é viole estar pensando, é dijole: «Amadís, ¿qué piensas en lo que nada te aprovecha? déjate dello, é piensa un mercado que has agora de hacer. En aquel punto á la muerte serás llegado por la ajena vida, é por la ajena sangre darás la tuya; é de aquel mercado siendo tuyo el martirio, de otro será la ganancia, y el galardón que dende habrás será saña é alongamiento de tu voluntad, y esa tu aguda é rica espada trastornará los tus huesos é tu carne; en tal manera, que serás en gran pobreza de la tu sangre, y serás en tal estado, que si la mitad del mundo tuyo fuese lo darías en tal que ella quebrada fuese ó echada en algun lago donde nunca se cobrase; y agora cata que harás que todo así como digo averná.»

Amadís, veyendo que todos en él los ojos tenían puestos, dijo con semblante alegre, así como lo él tenia:

«Señora, por las cosas pasadas de vos dichas, podemos creer esta presente cosa ser verdadera; é como yo tengo creído ser mortal, é no poder alcanzar mas vida de la que á Dios ploguiere, mas es mi cuidado en dar fin justamente en las grandes é graves cosas, donde honra é fama se gana, que en sostener la vida; así que, si yo hobiese de temer las espantosas cosas, con mas razón lo faria en las presentes que de cada dia me ocurren que en las ocultas que por venir están.» Urganda dijo: «Tan gran trabajo sería pensar quitar el gran esfuerzo dese vuestro corazón, como sacar toda el agua de la gran mar.» Entonces dijo el Rey: «Señor, yo me quiero ir; acuérdeseos de lo que ante vos dije, como quien vuestra honra é servicio desea; cerrad las orejas á todos, é mas á aquellos en quien malas obras sintiérdes.» Con esto se despidió de todos, é con sus cuatro compañeros, sin querer que otros algunos la acompañasen, se fué á su nave, la cual entrada en la alta mar, de una gran tiniebla fué cubierta.

## CAPITULO XVIII.

De la batalla muy peligrosa que hobo Amadís con Ardan Canileo, y cuenta la razón por qué se hizo la dicha batalla, é cómo se aplazó ante el rey Lisuarte é la Reina entre Amadís é una doncella gigante que vino á la corte por parte de la gigante Gromadaza é de Madasima é de Ardan Canileo, é del fin que hobo la dicha batalla.

Partida Urganda, como habeis oído, pasando algunos dias, andando el rey Lisuarte por el campo hablando con sus caballeros en la pasada que hacer queria á la insola de Mongaza, donde era el Lago Ferviente, para sacar de la prisión al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, vieron por la mar venir una nao que al puerto de aquella villa á desembarcar venia, é luego se fué allá por saber quién venia en ella. Cuando el Rey llegó venia ya en un batel una doncella é dos escuderos, é como á la tierra llegaron, la doncella se levantó, é preguntó si era allí el rey Lisuarte, dijéronle que sí; mas mucho fueron todos maravillados de su grandeza, que en toda la corte no habia caballero que con un gran palmo á ella igualase, é todas sus faciones é miembros eran á razón de su altura, y era asaz fermosa é ricamente vestida, é dijo al Rey: «Señor, yo os trayo un mensaje, é si os ploguiere, decirlo he ante la Reina.—Así se haga,» dijo el Rey; é yéndose á su palacio, la doncella se fué tras él. Estando pues ante la Reina é ante todos los caballeros é mujeres de la corte, la doncella preguntó si era allí Amadís de Gaula, aquel que de antes Beltenebros se llamaba. El respondió é dijo: «Buena doncella, yo soy.» Ella lo miró de mal semblante é dijo: «Bien puede ser que vos seais, mas agora parecerá si sois tan bueno como sois loado.» Entonces sacó dos cartas, que los sellos de oro traian, é la una dió al Rey é la otra á la Reina, las cuales eran de creencia.

El Rey dijo: «Doncella, decid lo que quisiérdes; que oír vos hemos.» La doncella dijo: «Señor, Gromadaza, la gigante del Lago Ferviente, é la muy hermosa Madasima, é Ardan Canileo el Dudado, que para las defender con ellas está, han sabido cómo quereis ir sobre su tierra para la tomar; é porque esto no se podria hacer sin gran pérdida de gente, dicen así que lo porrán en juicio de una batalla en esta guisa: que Ardan